

**EL SUSURRO  
DE LAS ESTRELLAS**

**IRMA GALLO**

**PARAÍSO  
PERDIDO**

*A Camila, siempre.*

*A mis padres, Irma y Miguel, por todo.*

*A mi hermana Valeria,  
por su enorme generosidad y sabiduría.*

La historia, para entenderse, necesita ser contada.  
Lleva tiempo. El archivo, en cambio, existe para no  
terminar de hacer su aparición.

LUIS JORGE BOONE  
*Suelten a los perros*

Caminaba de espaldas, a contraluz. Parecía a punto de romperse, rama seca de cerezo; el cabello revuelto, río desbocado a cuestras. Las luces de los semáforos y los pocos autos que circulaban todavía a esa hora teñían de verde, rojo, amarillo el pavimento mojado, como una placa de acero oscuro.

Un objeto alargado colgaba de su mano derecha; el brazo desmayado casi dejaba caer eso que podría ser casi cualquier cosa, incluso un arma larga, una escopeta.

El auto frenó unos metros antes de colisionar con ella. Las luces largas explotaron en sus ojos oscuros, idos. Pero no pestañeó. La cara, de mármol. El claxon sonó cinco veces y el conductor la esquivó con una maniobra apenas justa para no chocar contra su cuerpo frágil y al mismo tiempo contundente, absoluto.

Cuando pasó junto a ella, le lanzó un escupitajo por la ventanilla.

—¿Qué te pasa, pendeja?, ¿crees que eres de hule?

La saliva espesa del hombre le escurrió por la mejilla. Pero no se inmutó. Siguió su marcha mientras el auto se alejó con las llantas embarrándose en la calle, y las luces blancas de los faros se hicieron cada vez más pequeñas en la vía rápida sobre la que ella parecía flotar, y la noche se hizo más noche.

La luz entra por la ventana de la sala. Es un haz del color y la consistencia de la leche que casi no permite distinguir las figuras que se mueven en la pantalla, frente a la cual Abu se quedó dormida otra vez. Veíamos una de esas películas viejísimas, en blanco y negro, que le gustan, donde salen chicas bonitas y hombres guapos vestidos de rancheros o de charros y siempre

se oye un *tsss* de fondo. Abu dice que ella no lo nota, pero yo sí. Es porque antes las películas no tenían audio digital.

También la imagen es distinta: esas películas siempre se ven antiguas, como deslavadas. Si te quedas viendo la pantalla, hasta puedes descubrir pequeños puntitos en donde no tendría que haber: por ejemplo, en el cielo, o peor, en la cara del galán ranchero o de la chica con vestido vaporoso y trenzas apretadas.

Temo que si se acaba de pronto todo se volverá puro ruido blanco, estática, como pasa con las teles viejitas que aparecen en las películas de terror.

Pero tampoco me agrada la idea de apagarla y que Abu despierte de pronto y se enoje, creo que no tanto porque le apagué la tele, sino porque me di cuenta de que se durmió.

Abu se queda dormida enfrente de la tele cada vez más seguido. Después de comer siempre le agarra fuerte el sueño. Veo cómo batalla para que no se le cierren los ojos. Cabecea; el cuello se le va de lado, descuajeringado. Le pasa más cuando hace calor. De pronto escucho el ruido que hace el bordado cuando cae al suelo; ese aro de madera con el que mantiene la tela estirada. A veces cae nada más a sus piernas, cuando está sentada en el sillón. Si la cabeza se le ladea o se le va hacia el frente, corro a acomodar los cojines que la rodean para que no se vaya a lastimar.

Aunque no es, para nada, una mujer frágil, me da miedo que Abu se lastime, pero me da terror que se enferme o se muera. Mi vida ya está llena de ausencias; no quiero una más.

Me llamo Alicia. Vivo con mi abuela en una casa que fue bonita pero ahora ya está vieja, medio destartada, en Coyoacán, en la Ciudad de México. Ésta es la casa donde Abu fue niña, se casó con el abuelo y luego nació mi mamá. Aquí creció; aquí murió el abuelo. Aquí también nació: es el único lugar que he habitado. Me gusta, aunque a veces casi me da miedo.

Por fuera parece que las enredaderas se la comen. Hace mucho que no queda un espacio libre de hojas y ramas, de verdes, ocres y cafés; tanto, que no recuerdo de qué color está pintada la fachada.

En un sueño (o eso creo) la vi, atravesada a la mitad por un árbol gigante. De hecho, era como la casita del árbol de algún cuento, porque el tronco grueso la sostenía en el aire.

Era curioso, pero no tenía miedo. Me gustaba la sensación de abrir la puerta principal, la del zaguán, y ver sólo el vacío: tierra llana, casi arena, casi polvo, muy abajo; viento; las nubes a la altura de la vista. Sólo tenía que estirar las manos y podía tocarlas: estaban gordas, como si fuera a llover, aunque todavía blancas. El árbol sembrado en medio de la nada, y esa nada ahí, invitante.

Esta casa, al igual que mi abuela, guarda secretos; el más grande es: ¿dónde está mi mamá? Ya volveré al tema, pero cada día que pasa siento que si no lo averiguo pronto me quedaré sin respiración.

Cuando no estoy soñando, la casa me parece gris y triste, aunque Abu se ha ocupado de llenarla de plantas también por dentro, para ver si así le cambia el espíritu.

Hay algo que me gusta mucho: cuando empieza la primavera, todas las plantas se tiñen de un verde intenso y se llenan de flores. Los claveles sueltan su tenue olor a limpio por las noches. Las lavandas, los geranios y las violetas que están en el zaguán explotan en distintos tonos de rosa y morado, y empiezan a atraer a los pájaros, que cantan y cantan, y entonces rompen el silencio que se empeña en instalarse aquí la mayor parte del tiempo.

No soy una chica triste, si acaso algo callada. No me gusta hablar mucho. Creo que las palabras se gastan y pierden su significado si las usas a lo tonto.

Desde que me acuerdo tengo pelada la piel de la mano izquierda, entre el índice y el pulgar. Mi abuela me regaña porque no puedo dejar de rascarme con la uña del pulgar derecho hasta que me saco sangre. Ha intentado de todo: me venda la mano, me corta las uñas, de más chica me llegó a dar uno que otro manazo, hasta que se dio cuenta de que nada servía. Ahora sólo me recuerda a cada rato que me lave las manos para que «no se me vaya a infectar». Creo que en eso, como en muchas otras cosas, ya se dio por vencida.

Voy en tercer semestre de prepa. Algunos de mis compañeros sienten que las pueden todas y me chocan. Sé que muchos me ven como a una estúpida. Sólo Cele es mi amiga. Se llama Celeste, pero yo le digo Cele. Es fuerte; parece que no le tiene miedo a nada ni a nadie y siempre me defiende. No le da miedo pelear con los hombres si es necesario. Cuando empiezan a molestar, les dice que me dejen en paz, y si no lo hacen les grita que son unas mierdas porque se meten con una chica como yo, que saben que no les va a contestar, en lugar de con los de sexto semestre, por ejemplo, que sí les parten todita la cara.

Antes sí me importaba que nadie me hablara excepto ella. Me dolía. Me hacía sentir incómoda, inadecuada, sobrante. Después entendí que soy diferente y siempre lo seré; a quien le guste, bien. A quien no, ni modo.

Y si lo pienso mejor, todos somos diferentes, hasta éstos que se esfuerzan tanto por parecerse a los demás para poder encajar. Yo, aunque quisiera, no podría. No soy como los otros. Vivo con mi abuela desde que era muy chica porque no tengo papás.

Sé quién fue (o es, ojalá) mi madre. Conservo su recuerdo en fragmentos que se vuelven cada vez más borrosos con el paso del tiempo: el cabello largo que me hacía cosquillas cada que se agachaba para darme un beso, las manos largas y finas, con callos en las yemas de los dedos... Pero de mi padre no recuerdo nada. No sé siquiera si lo conocí.

Esta casa está poblada de silencios y fantasmas.

La primera vez que Cele me defendió estábamos en cuarto de primaria. Nunca lo voy a olvidar. Santiago, uno de los niños más traviosos, de éstos que nomás no se pueden estar sentados y callados un ratito, sin estar molestando, me dijo que mi mamá se había largado y me había dejado con mi abuela porque nunca me había querido.

Si ahora me dijera lo mismo me valdría tres pepinos. Pero entonces no. Recuerdo que se me pusieron las orejas calientes, como cuando Abu se preocupa porque se da cuenta de

que regresaron los que me hablan. No le digo que nunca se fueron, porque creo que eso sólo empeoraría la situación: la haría sentirse más desesperada. Mejor dejo que piense lo que la haga sentir un poco menos peor.

Antes de ésa, muchas veces Santiago ya me había dicho cosas desagradables. Pero siempre tenían que ver conmigo, nunca con mi mamá. Eran insultos estúpidos, como «gorda», «cuatro ojos», «india» o «naca».

Pero entonces era muy chica y a veces no podía evitar llover, aunque intentaba que Santiago no me viera. Me escondía en el baño de las niñas y me quedaba ahí, sorbiendo mocos y limpiándome las lágrimas con la manga del suéter, rascándome la piel entre el índice y el pulgar hasta que sangraba, y entonces, como si fuera un bálsamo, se me pasaba la tristeza.

Me decía «cuatro ojos» porque usé lentes durante un par de años, en primero y segundo de primaria, pero fue por culpa de un oftalmólogo que quiso cobrarle de más a Abu; la verdad es que no los necesitaba y por eso siempre me mareaba. Cuando volteaba para abajo, el piso se veía lejísimos y sentía que tenía que dar unos pasotes para alcanzarlo, porque si no me iba a hundir en su superficie, que además se veía como de hule.

No supimos qué me sucedía hasta que Abu me llevó con un médico general que sugirió que viéramos a otro oftalmólogo, porque después de mandarme a hacer un chorro de análisis no encontraba nada que justificara los mareos y los dolores de cabeza que me traían como caminando encima de una nube todo el día.

Y tuvo razón. La nueva oftalmóloga dijo que no tenía por qué usar lentes, y menos con esa graduación tan alta. Así que para tercero los lentes ya se habían ido hasta el fondo del cajón de las cosas olvidadas, en el mueble del comedor, donde Abu guarda todo lo que ya no sirve.

El caso es que cuando Santiago dijo eso sobre mi mamá sí me enojé mucho. Le grité que no era cierto, que era un mentiroso y un tonto, que él no sabía nada de ella; pero él seguía y seguía, escupiendo palabras como vidrios rotos, los ojos brillosos y la boca torcida por la burla.



De pronto me vi en medio de un círculo de niños que me señalaban y se reían: «Tu mamá se largó porque no te quería», gritaban ellos, y gritaban los que hablan dentro de mí otras cosas que no entendía. Había demasiado ruido adentro y afuera. Vueltas y vueltas. El cielo cada vez más alto, más lejos. El patio de la escuela, en cambio, me quería tragar.

Empecé a llorar, primero muy quedito. No sé a dónde se me fue la valentía. El círculo de niños se cerraba cada vez más y sus carcajadas e insultos se oían más fuerte. Las voces de las personas que viven dentro de mí eran más agudas. Me costaba distinguir de dónde provenían tantos gritos. Sentí que algo muy malo estaba a punto de pasar.

Entonces, quién sabe de dónde, salió Cele. Apareció de pronto, con ese vozarrón suyo que hace temblar hasta a los que se sienten más fregones, gritando que me dejaran en paz, que eran todos unos cobardes, que era muy fácil echarle montón a una niña sola entre varios. Que si no les daba vergüenza, que los iba a acusar con la maestra y, si eso no era suficiente, también con la directora.

Me impresionó su fuerza, su decisión, su valentía. Me gustó que no se acobardaba, aunque era sólo una niña, igual que ellos. Ni siquiera era la más alta ni se veía fuerte. Pero todos se quedaron calladitos, como si fuera una maestra o una mamá o cualquier otra figura de autoridad.

Me tomó de la mano y me sacó de ahí, sin decirme nada. Oía a fresas, a chicle, un poquito a sudor seco. A mí me daba mucha pena que fuera a descubrir mi piel pelada, pero si se dio cuenta no dijo nada. Caminamos hasta el salón. Sacó su lonchera de la mochila y abrió su paquete de Chocorroles. Me dio uno, todavía sin hablar.

Apenas pude decirle gracias. Todavía me escurrieron un rato las lágrimas, sólo que ahora eran de felicidad: algo caliente me bañó el corazón.

Ese día, hace ya varios años, aprendí que Cele se iba a convertir en mi amiga para siempre, y que si algún día lo necesitara, yo la iba a defender también.

Abu no quiso contarme mucho esa vez, por más que le dije lo que pasó con Santiago y los otros, y lo triste y enojada que me sentí. No era la primera vez que le preguntaba sobre mi mamá y apenas me contestaba. Fue cortante. Lo más que logré sacarle fue lo que siempre repetía: que nunca me habría abandonado porque me amaba y que un día íbamos a saber qué le había pasado. No sé por qué insistía en tratarme como tonta: si en todos estos años no habíamos averiguado nada, ¿qué le hacía pensar que «un día», como por arte de magia, se nos iba a revelar la verdad?

Me enojaba mucho que me tratara como una niña. Me daban ganas de salir corriendo y no regresar, como mi madre.

Tengo que decir que casi no tengo recuerdos de Abu cuando mamá estaba todavía con nosotras. Es como si sólo hubiera empezado a existir a partir de la ausencia de mi madre. Tal vez porque yo era muy chica, sí, pero quizá también porque esos años nada importaba demasiado, excepto la presencia de Ana, mi mamá. Por eso es tan curioso que hoy la recuerde tan poco: su voz, sus gestos, su olor ya se hicieron polvo y se desintegraron en la nebulosa de mi memoria.

Me quedé con la impresión de que Abu sabía más de lo que me quería decir. Y me tragué el coraje y la frustración. No me podía ir. No todavía.

No es nada lindo crecer sin papás. Muchos chicos tienen sólo mamá; otros sólo papá; pero somos muy pocos los que de plano no tenemos a ninguno de los dos. Ya sé que ya estoy grande para esto, pero no puedo evitar sentirme siempre como si estuviera manca o coja.

Abu ha hecho todo lo que puede por cuidarme. Tampoco soy tan estúpida como para no reconocerlo. Pero está cansada, y muchas veces también triste. O, más bien, como está triste la mayor parte del tiempo, se siente cada vez más cansada.

También se pone de mal humor y se enoja por todo, hasta por cosas que creo que son puras tonterías. Antes, cuando era más chica, no entendía por qué me regañaba tanto. Creí que me odiaba. Me sentía triste, y en esos momentos extrañaba más a mi mamá. Era muy chica cuando desapareció; tenía un

poco más de dos años. En mi memoria tiene el pelo largo y negro, y huele a klínex nuevo, perfectamente doblado, como los que Abu lleva siempre en la bolsa.

Después descubrí que ese aroma era del perfume que usaba. Lo encontré en su tocador, que desde que se fue es mío, como todo el resto de su recámara. Es una botellita blanca con flores rosas. Empecé a ponerme un poquito cada día antes de irme a la escuela, y así sentía que me acompañaba. Cuando se acabó lo busqué en todas las tiendas hasta que lo encontré, lo cual no fue fácil. Es un perfume viejo; dejaron de fabricarlo un tiempo, pero luego se puso de moda todo lo *retro* y lo volvieron a vender. Se lo pedí de Navidad a Abu.

No pudo negarme ese regalo, aunque creo que no estaba muy convencida de que fuera una buena idea, porque a lo largo de estos años que hemos estado juntas, solas ella y yo, la he visto hacer cosas muy raras.

Por ejemplo: escondió (o tiró, no sé) todas las fotos de mamá. Nunca entendí por qué, y cuando se lo preguntaba me decía que «para que no me angustiara», porque me podría enfermar. Que yo necesitaba estar tranquila.

Eso me daba mucho coraje porque no entendía qué demonios tenían que ver las fotos de Ana con que me enfermara. Pensé que Abu no tenía derecho a privarme también de eso, si la vida (o quien fuera) ya me había quitado a mi mamá. Así que hacía unos tremendos berrinchotes y me iba a encerrar a mi cuarto.

Ahí me quedaba horas, sentada en la cama, sin moverme y sin darme cuenta del paso del tiempo. De repente la luna ya habitaba la noche oscura, su brillo se abría paso por la ventana, y entonces algo, quizá la brisa helada que se colaba a mi recámara, me hacía volver.

Me arañaban las hormigas que se meten por debajo de la piel cuando llevas mucho rato sentada y te recorren los muslos, bajan por las rodillas y llegan a los pies. Ahí es que se vuelve insoportable el cosquilleo y hay que sacudir las piernas muy fuerte, antes de que te devoren desde adentro.



# PARAÍSO PERDIDO

©2023, Irma Gallo  
Publicada mediante acuerdo  
con VF Agencia Literaria

©2023, Editorial y Servicios Editoriales  
Paraíso Perdido s de RL de cv  
Sebastián Bach 5451  
Zapopan | México | 45030  
*info@editorialparaisoperdido.com*  
PRIMERA EDICIÓN, DICIEMBRE 2023

EDICIÓN  
Sandra Liera

IMAGEN DE PORTADA  
©Valeria Gallo

DISEÑO DE LA COLECCIÓN  
Antonio Marts

ISBN 978-607-8646-57-9

La impresión de este libro fue posible gracias al apoyo  
de la Convocatoria de Fomento Editorial Guadalajara 2023



IMPRESO Y EDITADO EN MÉXICO



Esta edición de  
*El susurro de las estrellas*  
fue impresa en la ciudad de Guadalajara  
en diciembre de MMXXIII  
con un tiraje de 900 EJEMPLARES.

En su composición se usaron las fuentes  
**Calluna** de 9, 10 y 11 puntos  
y **Neue Haas Unica Pro** de 10 puntos.



Eparaisoperdido